

y en memoria de este gran triunfo, la lengua sagrada de mi pueblo llama á la mano del hombre *eskua*, que es lo mismo que decir la victoriosa, la dominadora.—Tendiendo la mano, el hombre pide y suplica, *eska*; con la mano ofrece y da, *esken*; una sonrisa acompañada de un gesto de la mano, expresa la satisfacción, y de este modo el hombre da las gracias, *esker*. La mano es el auxiliar de la lengua y su significación expresiva la acompañaba siempre en el idioma primitivo: el signo habla á los ojos, el sonido hiere los oídos: ambos se hacen entender al espíritu. ¿Qué otro pueblo poseyó más que el mío la inspiración de la palabra y la armonía del gesto con el pensamiento? El arte elocuente de la mímica, movimiento calculado de los brazos, de las manos y de los dedos, acompañaba, y á veces suplía, al lenguaje articulado: llámósele *eskuara*, es decir, ciencia del gesto, arte de hablar con las manos, y la misma palabra sirvió para calificar el idioma primitivo de mi pueblo, llamado él mismo *Eskualduna*.—Los hombres de mi raza, diversamente designados en las lenguas de los bárbaros, llevan este nombre significativo, balbuceado en la cuna del linaje humano; su origen viene de más atrás que la invención de la palabra y del gesto: los ojos de los adivinos y de los profetas, escrutadores de los misterios de las creaciones genéricas, vieron mi raza en el seno de la Divinidad. ¿Qué importa que el antiguo río esté seco, y que apenas queden algunas gotas puras de la noble sangre que engendró á tantos pueblos? Mientras viva un ibero para levantar la mano delante del Dios de Aitor, invocando su nombre sublime en la lengua sagrada, podrá decir: el padre de mis antepasados fué ilustre entre los recién nacidos de la tierra: el hombre de nuestra raza fué el primer desposado con la naturaleza virgen y salvaje, el primer triunfador de la creación: *eskualduna!*»

Hacer de las etimologías de la lengua vascongada una interesante y poética leyenda, sin perder de vista el tema etnológico, era un triunfo reservado al que, conociendo muy á fondo las

raíces de este singular idioma, se hallase dotado de una fogosa imaginación enriquecida con extensos conocimientos cosmográficos: y todas estas dotes concurren en el escritor cuya obra te voy analizando. Hace Chaho que trace Lara un brillante paralelo del pueblo éuskaro con el celta, y pone en su boca estas elocuentes palabras: «Las fábulas velan el origen y la historia del pueblo celta. Un monstruo, un cíclope fué su abuelo, y su padre un gigante feroz llamado *Celtus*, cuyos dos hermanos, *Illyrus* y *Galla*, prosiguieron la conquista de Europa. Del norte, de la región de los hielos y de las tinieblas, vino la raza infecta de los gigantes. Nuestros nietos llaman al celta el *Tártaro* cuando en las veladas de invierno, escuchando las consejas del tiempo pasado, se arriman atemorizados al seno materno y tiemblan como las hojas del árbol con el recuerdo de la ferocidad de los Bárbaros.—El éuskaro y el celta gozan de la misma antigüedad, pero los venideros no confundirán las dos razas. Mi pueblo ha sido el creador de la luz social, de la armonía y del bien; el pueblo de *Celtus* no ha inventado más que la guerra, no ha sembrado más que ruinas: sus obras han sido la iniquidad, las matanzas, la superstición y el mal. El celta se complace en mezclar sus gritos salvajes con los aullidos de los lobos: como ellos, anda errante en grupos durante la noche. Para él el buho es el símbolo de la prudencia de los guerreros, que ocultan su marcha y caen de improviso sobre las víctimas; mientras que mi pueblo mira al ave de las tinieblas como emblema de la ignorancia y de la estupidez.—Cuatro cosas distinguen al éuskaro del celta: la lengua, la religión, las costumbres y las leyes (1). El celta habla un idioma áspero como las escarchas que cubren su cuna: sus labios helados no lo han enriquecido con

(1) El autor previene discretamente al lector que en este paralelo no considera al celta sino tal como era al salir de su cuna hiperbórea; que no se refiere en manera alguna al celta mezclado con el ibero, ó sea al celtibero; ni al galo, cuyas costumbres se dulcificaron en su contacto con los griegos y con los vascos de la Aquitania. Por lo demás, M. Chaho parece creer en la pluralidad de orígenes de la especie humana.

las inflexiones labiales que hacen tan dulces los vocablos éuskaros. Sus palabras son nebulosas y suenan como los silbidos agudos del vendabal entre los pinares de su tierra. Cuán distintas las del éuskaro! Cuando la primera pareja de esta raza fué puesta por el Creador en los jardines terrenales (1), miráronse con amor el hombre y la mujer, y la mujer dijo al hombre: tú eres mi fuerza, tú eres el varón que mi corazón escoge: *zu ene arra*; y desde entonces el marido se llama *senarra* en la lengua sagrada. El hombre y la mujer se dieron la mano, *eskua*, y en la embriaguez de aquella unión encantadora, dijeron: *on*, está bien: exclamación sencilla y dulce. Así el casamiento lleva el nombre de *eskuontza* en las tribus, porque los amantes se hacen esposos dándose las manos. A los recién casados se les servía miel, *ezti*, símbolo de los placeres perfectos, y de aquí fueron llamadas las fiestas nupciales *ezteya*. ¿Qué otro pueblo se inspiró más en la naturaleza y dotó á sus instituciones de mayor encanto y sencillez?—El celta ú hombre del norte se distingue por su estatura gigantesca: la sangre enrojece sus espesos cabellos; sus ojos de azul verdoso, donde se leen pensamientos feroces, imitan el color cerúleo del Océano sombreado de reflejos de un cielo tempestuoso. Andaba él desnudo durante la primera edad con su cutis blanco como la nieve, semejante á la piel del oso anfibio que recorre las costas del mar glacial. Vivió largo tiempo errante con el producto de su caza, persiguiendo hasta por los bosques de las Galias lanza en mano al reno y al toro salvaje. Su ardor inquieto y la extremada movilidad de su carácter impaciente, le impidieron entregarse á la vida pastoril y al cultivo del campo: plúgole más verter la sangre y merodear, que seguir con paso tranquilo las huellas de un rebaño ó esperar junto á los setos el fruto tardío con que paga la tierra los sudores del labrador.—No así los hombres de nuestra raza: su estatura era proporcionada; su fuerza mediana, pero regulada; la

(1) Véase el final de la nota precedente.

acción del clima meridional rizó y oscureció su cabellera y dió los reflejos del cobre al cutis de su rostro. Nuestras doncellas se enorgullecían cuando los bardos comparaban su cara al melocotón, cuya piel dorada ha recibido del sol el perfume y las tintas rosáceas que anuncian la madurez. Los éuskaros, los iberos, habitantes de los continentes más fértiles y favorecidos por la naturaleza, fueron los primeros pastores y agricultores durante la edad de los patriarcas.—Ignora el éuskaro la historia de sus abuelos en la edad antediluviana, porque la invasión de las llamas y el diluvio de las aguas fueron para él como una segunda creación que separó su vida de las edades anteriores. Yo, Aitor, llevo como mis padres el nombre de patriarca: tronco de una posteridad más numerosa que las estrellas del cielo, el huracán devoró mis hijos en toda la haz de la tierra. Los bardos éuskaros comparan el escaso número de los que se salvaron con las olivas que permanecen en el árbol después de la cosecha y con los racimos que penden de los amarillentos pámpanos después de la vendimia. Á estos y á mí llaman las generaciones *los grandes antepasados*, y la palabra *askazi*, consagrada al parentesco en la lengua éuskara, equivale á semilla original, *askoazi*.—La época de destrucción y renovación comenzó con el fuego y acabó con el agua: os diré cómo sucedió esto.

• El globo fué entregado á la acción del elemento poderoso que hoy reside en sus entrañas. Brotaba el fuego por miles de volcanes. La tierra estaba enferma y calenturienta: la fiebre en todos los seres, en todas las encarnaciones vivas, incluso el hombre, es un fuego, una incandescencia (*sukar*): el fuego es *su*, la llama *gar*, *er erre* la combustión; el enfermo por el fuego interno que seca en él la fuente de la vida, *eria*; la debilidad calenturienta del hombre, *erbaltazun*. El incendio terrestre devoró millones de seres, innumerables pueblos, continentes enteros, y en memoria de tan terrible acontecimiento llamé á toda muerte violenta *erioa*, es decir, incendiaria. Definí la pena como mal que consume quemando, *errea*, y la tristeza, *suxua*, esto es, fuego

que seca el corazón. Las montañas con sus volcanes dejaban oír estruendos formidables: yo decía que ardían (*erre-hasten*), y desde entonces se aplicó la palabra *erastea* al sonido de todo lo que muge. El rugido continuo y profundo del Océano de fuego que sacudía con indecible cólera sus devoradores torbellinos, fué expresado con la palabra *erre-otsa*, que significa voz del fuego. Torbellinos de humo negro y sofocante, *khé*, salían de las hendiduras de la tierra entreabierta: de aquel recuerdo viene la palabra *khecha*, aplicada á la cólera del hombre y de los elementos; y cuando las llamas, violentamente empujadas por los vientos, se esparcían á lo lejos, la terrible imagen del fuego invasor me inspiró la palabra *erasotze*, que expresa las ideas de ataque é invasión, de donde también procede *eraüntsi*, que vale tanto como lluvia violenta de fuego ó de agua. La tierra rodeada de llamas parecía como en estado de demencia, y á su vista creé la palabra *erho* que marca la demencia de los elementos, de los animales y de los hombres. Por último, cuando la intensidad del fuego hubo reducido á cenizas las montañas con sus rocas graníticas y los continentes con sus ciudades, cayeron y se hundieron en el gran lago de fuego los países y los reinos. Tal fué el gran incendio de la tierra, al que llamé *suholdia*.

La parte que quedó habitable salió de la inmensa hoguera como sale del horno del alfarero, después de cocido, un elegante vaso de barro: la llamé *erriac*, esto es, lo que ha sido quemado; y de aquí el que las siete provincias de la federación vasco cantábrica se llamen hoy *Pirineos eskual-erriac*. Quedó la tierra purificada (*garbi*) como el oro en el crisol, y blanca (*suri*) como el vellón de los corderos recién salidos del lavadero. Al fuego que muerde y mata como la serpiente, á la llama que mueve sus lenguas ardientes como dardos lanzados por la boca de un dragón, al elemento ígneo, *su*, consagré la serpiente, *sugia*, el más vivo y taimado de los animales; y llamé al dragón *sugulna*. Así el gran lago de fuego que el Huevo-mundo encierra en su cáscara terrosa, lleva naturalmente un nombre alegó-

rico que significa asimismo gran fuego, gran dragón, gran serpiente, y se cuenta en nuestras fábulas que la Gran Serpiente nació de un huevo, que es el Huevo-mundo, el huevo terrestre. Y se la llama *cehen*, primero, y *heren*, último, es decir, devorador aún y destructor. Tal es el negro *Surtur* de los celtas que ha de incendiar un día los mundos: tal es el *Leheren*, primer poder de la tierra, á quien el supersticioso aquitano, nuestro vecino, ha convertido en dios de la guerra y de la destrucción.

Después del triunfo del Dragón, el elemento líquido que humedecía el suelo de los viejos continentes fué absorbido por las lavas: los mares, el mismo gran Océano, se secaron como la gota de agua que cae en una hoguera, y de aquella ardiente masa se desprendieron inmensos vapores que se elevaron á alturas inmensurables, reflejándose en aquellos móviles cortinajes los siniestros resplandores del incendio inferior. Y como los vapores se dirigían en ejército de nubes arrastradas por el ala de los vientos, semejantes á enjambres de pájaros tenebrosos, hacia los puntos preservados de las llamas ó enfriados después de su purificación, condensados por la frescura de la atmósfera se resolvieron en lluvia formando asoladoras cataratas. El lecho del Océano se levantó al propio tiempo con las sacudidas de los volcanes, y sus aguas se derramaron por las tierras bajas: así se verificó el gran diluvio de aguas que los eskuldunas occidentales llamaron *Hualdia* y que los éuskaros del Indostán llamaban *Uhalsara* en su dialecto. Yo he visto durante largo tiempo la tierra habitable cubierta de agua y limo, semejante á un dormido lago; y la llamé *Lurra* (*lo-ur*) para recordar su imagen. Pasando el tiempo, las aguas se retiraron; los ríos y los mares encontraron su nuevo lecho preparado. Á la sombría imagen del diluvio consagré el cuervo, pájaro negro que se nutre de cadáveres y es emblema de muerte y destrucción; al elemento oceánico, al agua que tiene la facultad de elevarse en forma de vapores al azul firmamento, consagré un ave de su color, la paloma torcaz; y la paloma recibió el mismo nombre que el agua,

*ur*, y se llamó *urso* en todos los dialectos de nuestra lengua: por esto los éuskaros iranitas la llaman *uhareska*. Pero cuando el cielo azul reapareció, cuando el cristal cerúleo de las aguas reflejó el zafiro olímpico del cielo, y brotó la oliva, símbolo de paz de la naturaleza, el agua encontró su camino, el arco iris brilló en el horizonte, y el sol, dilatando sus rayos por el húmedo ambiente, se acostó en el seno de los mares; y yo entonces llamé *ostadarra* á la rama ó cuerno florido del iris, magnífico ramo de luz en que la vista admira todas las tintas de la rica paleta con que el sol matiza la hierba, las flores y las montañas opalinas. Entonces comprendí que había llegado el tiempo destinado á la gloria de mi raza.

• Mas hasta entonces, qué de horrores no presencié! Yo estaba escondido, elevado (*gordatu*) en inaccesibles alturas: abrigábame una roca herida por el rayo (*arri*), y aquella cima tutelar fué mi arca de salvación (*arkha*). Posaba el águila sobre mi roca lanzando dolientes graznidos, y la llamé *arraño*; el león tembloroso se echaba á mis piés gimiendo como un perro: todos los seres de la creación quedaron como petrificados de terror: con la misma palabra *arritu*, expresé la idea del hombre petrificado y del hombre poseído de espanto. Mis labios permanecieron mucho tiempo mudos; la palabra había muerto en mí, y expresé el silencio con el vocablo *itz-il*, es decir, aniquilamiento de la palabra.

• Cuenta la fábula que un príncipe fué convertido en bestia durante cierto tiempo, y que entonces vivía pastando la hierba del campo como los irracionales: reparad en la palabra *alha* que empleáis para designar el pasto, y en la voz *alhor* con que yo designé los campos, y comprenderéis cómo el primer campo de mi herencia después del gran cataclismo fué un terreno inculto, donde pasté la hierba como los brutos. Sabéis asimismo otras alegorías que dan á entender cómo los patriarcas salieron de las cavernas de las rocas, y cómo se fundaron las naciones nuevas después del diluvio. Dícese, en efecto, que en la cima de

una enorme montaña una innumerable muchedumbre sufría los efectos de un encantamiento secular, por cuya virtud las gentes habían tomado la forma de rocas y peñascos; y que un joven heróico, escogido por el destino, guiado por una bola que delante de él rodaba y por el delicioso canto de un pájaro luminoso, llegó á la cumbre de aquella montaña, encontró allí sobre la rama de un laurel más alto que los cedros al fénix con un ramo de oro en el pico; se lo arrancó, y deshecho el encanto de repente, las gentes metamorfoseadas recobraron sus formas primeras y proclamaron rey á su libertador. Y es fama asimismo que después del diluvio, el primer hombre y la primera mujer arrojaban piedras de las que nacían otros hombres y otras mujeres. Henchido yo de reconocimiento hacia el arca que fué mi asilo, y admirado de la conservación de aquellas altas montañas salvadas del naufragio del viejo mundo, consagré la idea de su duración secular dando un mismo nombre, *mende*, *mendi*, á los siglos y á las montañas. Con razón, pues, me llaman mis descendientes el antepasado de las montañas, *arbasoa*, ó padre descendido de los altos lugares, *aitagoia*. Recuerdo del techo que por largo tiempo me prestó la roca, es la palabra con que designáis hoy, ya la plateada pizarra, ya la rojiza teja que cubre vuestras casas, blancas como bandadas de palomas dormidas en los valles pirenaicos: *hegatcha*. Las puertas de esas casas son de roble, quizá tachonadas de hermosos clavos de bronce; pero aún conserva el nombre de *atea*, recordando el montón de piedras que yo formé para cerrar la entrada de mi caverna, la hospitalaria puerta en que la mujer, joya de su marido, suspende guirnaldas de flores el día del solsticio. Y como durante aquella noche profunda, con los torrentes de lluvia que caían de las apretadas nubes, ningún sendero conducía á mi guarida, y buscando mi puerta á ciegas sólo daba con ella por instinto, á este instinto nacido de la costumbre llamé *atuna*. También el instinto motivó en mí un acto que el ignorante vulgo acaso ridiculice y censure, siendo así que debe admirarse en él

la sabia inspiración de la madre naturaleza, y fué que cuando los vagidos de mi primer hijo vinieron á regocijar los ecos de nuestra húmeda caverna, no quiso la madre que yo me ausentase en busca del diario sustento: ella fué á buscarlo, mientras yo, ocupando su lugar en nuestro lecho de pieles, prestaba calor y amparo con mi velludo pecho, y defensa con mis brazos contra las fieras de la montaña, al lloroso fruto de nuestros amores (1).

»Los hijos de mi sangre no han adoptado las crueles y supersticiosas ceremonias introducidas por los celtas en sus funerales. Yo he establecido el uso de transportar los cadáveres á la cumbre de las montañas: en ellas tuvieron todos los patriarcas sus invioladas sepulturas, y muy á menudo en las grutas mismas donde vivieron con llanto y penas. Aquellas tumbas son su mejor lecho, *obia*; aquel sueño, su mejor sueño, el sueño del reposo, *ilona*; su muerte fué el gran sueño, *iltza*. En nuestras inmensas praderas, cada pueblo tiene su sagrada región de muertos, *ilerría*. La flor de los difuntos, *ililia*, mezclada con la balsámica rosa, crece en cada monumento de la ciudad de las tumbas; pero el éuskaro se acuerda siempre de que sus mayores, desnudos, hambrientos, casi salvajes, vivieron y murieron en sus cavernas. En otra edad más próspera, cada padre de familia se llamó *Faon*, señor en su casa como Dios en el universo, y castillos espaciosos, cómodos palacios, *jauregui*, sirvieron de vivienda á los hijos de aquel que entraba en su caverna arrastrándose.

»Los animales que me habían seguido en tropel al arca de las montañas, habían abandonado su natural tímido ó feroz: el

(1) De esta singular costumbre, que entre los bearneses lleva el nombre de *couvade*, no se han encontrado vestigios en el país vasco. Consta que existe entre algunos naturales de la América del Sur y en las estepas de la Tartaria. Como único testimonio histórico de que no es una mera invención, se cita un pasaje de Strabón; pero falta que semejante texto se refiera á los vascos. Mr. Vinson cree que alude á los antiguos habitantes del Béarn. V. su trabajo *an essay on the basque language*, en el libro *BASQUE LEGENDS* del Rev. Wentworth Webster. London, 1879.

estupor general que hirió á todos los seres con los estampidos formidables de los elementos conjurados en aquella lucha suprema, encadenaba el apetito de los más voraces y la maldad de los perversos. Las serpientes se arrastraban inofensivas á mis piés: la gacela y el tigre huían juntos por el mismo camino, bajo torrentes de lluvia, ahuyentados por cien truenos. No extrañéis que haya más de veinte palabras para significar el rayo en la lengua de los patriarcas. Es preciso haber sido como yo testigo de aquel espectáculo para formarse de él idea: es menester haber visto los cuadrúpedos, los pájaros, todos los seres vivientes del viejo mundo y el hombre mismo, refugiarse, amontonarse, apretarse en masas y como rebaños en los bosques, en los alcores y en las cimas de las montañas azotadas por el huracán: haber oído como yo gruñir, silbar, aullar, rugir, bramar y quejarse á millares de voces á la vez. En medio del conjunto atronador de todos aquellos gritos diversos expresando con las notas más estridentes y horribles el dolor, el hambre y el espanto, nada se perdía, ni siquiera el zumbido de los insectos que pasaban en torbellinos por entre las nubes. Eso era un bosque durante el diluvio. De la palabra *oya*, que significa grito, formé yo el nombre de *oyan*, para que se supiese que todos los ruidos de la creación animada, todos los gritos de la naturaleza viva estaban reunidos en el horror sublime de un inmenso y fúnebre concierto.

»El euskalduna, al bajar de las montañas donde estuvo refugiado durante el diluvio, tomó asiento en la tierra bañada por el sol y colocó su morada en una región templada y apacible: de aquí que las ideas de residencia, habitación, morada, etc., se expresan en nuestro idioma con las palabras *egon*, *egongia*, que significan cualquier lugar donde hace buen sol. Aquellas risueñas moradas donde las tribus de mi raza se detuvieron, eran floridas como jardines: de ahí que para designar los jardines cultivados que rodean sus casas de los Pirineos, mis hijos no hayan recibido de mí otro vocablo que el de *bazatze*, que equi-